

**GRADUACIÓN DEL CURSO NÚMERO 73 DE OFICIALES
DE LA FUERZA AÉREA COLOMBIANA. Cali. Diciembre 6
de 2000**

En ceremonias como éstas, en las cuales se acrecienta el escuadrón de los defensores del Estado, siento que no sólo aumenta un número, una cifra, sino que se renueva algo tan esencial y tan profundo como la veneración por nuestra patria.

Y lo digo porque, más allá de todos sus conocimientos, los hombres y mujeres que hoy se gradúan, se distinguen ante todo por profesarle un inmenso amor a Colombia. No de otra manera se puede explicar la elección de su carrera. Si han optado por ella, y no por otros caminos quizás más sencillos y menos arriesgados, es porque aman a su país y están dispuestos a jugarse por él su integridad.

Esa condición, desde los inicios de la aviación en Colombia, ha sido especialmente reconocida. Eduardo Carranza hablaba con emoción de esos "*patinadores de la brisa*" que en cada uno de sus viajes veían la sombra de Bolívar proyectada sobre el gran continente americano; Juan Lozano y Lozano, en alusión al piloto Germán Olano, sugería que su

vida “*de leyenda homérica*” fuera enseñada en los colegios, mientras que el poeta Rafael Maya, hablando de un aviador amigo suyo que había fallecido al “*estrellarse contra un árbol de la selva remota*”, elogiaba el desafío al destino que representaba violar las leyes de la gravedad. Ese respeto, casi 80 años después de que un colombiano alzara por primera vez vuelo, aún se mantiene. La Fuerza Aérea sigue siendo la insignia del progreso y las alas de la democracia.

Esa devoción por Colombia, por sí sola, bastaría para felicitarlos.

No obstante, hay más motivos para hacerlo, pues los ahora subtenientes han respondido con creces a las exigencias de una educación realmente integral. Paralelamente a su adiestramiento militar, se han formado en una amplia gama de ramas del saber: junto a las clases de armamento y tiro o de entrenamiento físico; han estudiado psicología empresarial, derecho aéreo o macroeconomía, para, de ese modo, asumir ahora su responsabilidad con el país dotados de una visión más comprensiva, más compleja y más profesional.

Quienes hoy se gradúan como servidores de la patria, también cuentan, como administradores aeronáuticos, con una formación técnica y humanística que no sólo mejorará su desempeño laboral sino que los enriquecerá definitivamente como seres humanos.

Como si esto no fuera bastante motivo de celebración, hoy también tenemos el gusto de ver la primera promoción femenina de la Escuela Militar de Aviación. Aunque ya muchas mujeres han participado en las funciones de la Fuerza Aérea, éste es el primer grupo cuya formación se ha realizado completamente dentro de la Escuela. El sueño que tuvo una vallecaucana inspirada por Amelia Earhart, quien intentó entrar a la escuela a mediados de la década de los treinta, se vuelve por fin realidad. Dieciséis colombianas, destinadas a ocupar los cargos de mayor importancia y a convertirse en destacadas líderes, engrosarán, desde hoy, las filas de oficiales de este cuerpo.

Su participación, no me cabe duda, será tan brillante como las condecoraciones que recibirán a lo largo de su carrera. De hecho, ya lo está siendo: de los 64 graduandos, una mujer, la subteniente Yadira Cárdenas, ocupó el segundo puesto -

detrás del destacadísimo subteniente Italo Arrázola- en el curso de oficiales y el primero en la especialidad de comunicaciones. Con tales antecedentes de la capacidad de nuestras mujeres para alcanzar los lugares más altos dentro de la institución, podemos ser muy optimistas sobre lo que vendrá en el futuro.

De este modo, la Escuela Militar de Aviación, -una institución que comenzó orientada por un coronel francés veterano de la primera guerra mundial y que, luego de un par de cierres, de haber sido instalada en Flandes y Madrid, y de pasar por las manos de suizos, de alemanes, de cubanos y de norteamericanos, por fin pudo consolidarse en Cali con personal netamente colombiano a partir de 1936-, demuestra que sigue en pleno crecimiento.

Gracias a su labor educativa, la Fuerza Aérea de Colombia podrá ver multiplicados sus hijos y el país, en esa medida, verá cómo las acciones en el campo de las comunicaciones, del servicio social o de la defensa y vigilancia del territorio nacional, se incrementan en la misma proporción.

Aunque tales empresas de la Fuerza Aérea no podrían ser suficientemente destacadas, pues el incesante trabajo de esta institución opera como una gran maquinaria silenciosa, no sobra recordar hoy, cuando sus nuevas generaciones se alistan para repetir los logros de sus mayores, algunas de sus más significativas y no siempre reconocidas acciones del año en curso:

A nivel de control de vuelos ilícitos se destruyeron durante el presente año 23 aeronaves y se interceptaron e incautaron 20 más que, desde entonces, están a disposición de las autoridades.

En el campo de las operaciones humanitarias se han transportado millones de alimentos y víveres a la población de Puerto Asís, en el departamento del Putumayo, auxiliando a compatriotas absurdamente incomunicados por obra de los violentos.

En el terreno de las operaciones de combate contra la subversión, y descontando las innumerables operaciones de apoyo aéreo a las tropas del ejército, la Fuerza Aérea logró éxitos militares tales como los reportados en la Operación

Tucano Dos a principios del año, en el Valle del Cauca, cuando se dio de baja a cerca de 100 guerrilleros de las Farc, o en la Operación Guayabetal, que evitó una sangrienta toma a la Vía al Llano, o en los esforzados combates en Roncesvalles, el pasado mes de agosto, que reportaron unas 40 bajas en filas de la insurgencia.

Hechos como éstos nos demuestran que nuestra Fuerza Aérea nunca baja la guardia , que le está cumpliendo al país y que, en el ejercicio de sus funciones, está contribuyendo a la protección de la población y a la estabilidad de las instituciones.

Por esto, ha sido un objetivo del Gobierno su constante fortalecimiento, así como el de toda la Fuerza Pública. Es claro, no sólo para mí, sino para la gran mayoría de los colombianos, que una democracia fuerte y unas instituciones sanas y estables, requieren del sólido apoyo de sus cuerpos armados. Su presencia, iluminada por el brillo de la ley, es la coraza inmóvil que protege el móvil juego democrático entre los ciudadanos de quienes, más allá de la razón y de los procedimientos, pretenden destruirlo a sangre y fuego.

El orden, no sobra recordarlo, no es el opuesto sino es el complemento de la libertad.

En esa medida, hoy quiero resaltar hechos tan significativos como el incremento en un 150% del número de soldados profesionales y de 20% de los regulares de las Fuerzas Militares, desde 1998 hasta hoy. Como ustedes saben, dentro de un esfuerzo sin precedentes en el país, estamos avanzando hacia el objetivo de duplicar el número de soldados profesionales y regulares de las fuerzas legítimas de la Nación, pasando de 74.000 soldados en 1998 a cerca de 140.000 antes de tres años.

Igualmente, hemos expedido las normas que permitirán modernizar, regular y profesionalizar la carrera militar. Dentro de ellas, hemos dictado el Estatuto del Soldado Profesional e incorporado a los mismos en un esquema de seguridad social, que les garantice las mejores condiciones laborales y sociales, y una pensión de jubilación digna en el momento de su retiro.

También estamos fortaleciendo la capacidad de aerotransportación de nuestras Fuerzas Armadas. Las cifras

hablan por sí solas: El próximo año habremos ya cuadruplicado el número de helicópteros artillados Black Hawk, pasando de 4 a 16, y duplicado el número de los no artillados, pasando de 87 a 172. Además, vamos a comprar próximamente un quinto avión fantasma, que se unirá a la flota de ángeles guardianes de nuestros soldados en tierra y de todos los colombianos que puedan ser víctimas de los ataques alevos de los violentos.

Si agregamos a todo lo anterior, la entrada en vigencia este año del nuevo Código Penal Militar, y la capacitación que hemos dado en materia de derechos humanos a cerca de 100.000 miembros de las Fuerzas Armadas, podemos concluir que desde el Gobierno, y con el apoyo de todos los colombianos, estamos obrando con toda decisión, para fortalecer las Fuerzas del Estado, y, entre ellas, la Fuerza Aérea de Colombia.

Sólo así: Fuertes, preparados y tecnificados, podrán los cuerpos armados de la institucionalidad afrontar con éxito – como ya lo vienen haciendo- la incesante tarea de defender a la nación y a todos y a cada uno de sus compatriotas.

Apreciados amigos de la Fuerza Aérea Colombiana:

Hoy, para mí es especialmente grato acompañar a los guardianes del aire de Colombia en esta solemne ceremonia en que se condecora a quienes por tiempo de servicio se han ganado este honor y se asciende a destacados miembros de la Fuerza Aérea, quienes, gracias a su trabajo y a su convicción, se han hecho acreedores de los más altos rangos en la institución.

A los desde hoy Mayores Generales William Mejía Restrepo y Alvaro Román Bahamón, y a los señores Coroneles que hoy ascienden al grado de Brigadieres Generales, Eduardo Behar Benítez, Jesús Álvarez Arenas, Julio Armando Guzmán Ríos y Jorge Luis Castro Martínez, les extiendo mi más sincera felicitación y les auguro los mayores éxitos, como líderes y orientadores de la tarea patriótica de la Fuerza Aérea.

Igualmente, quiero felicitar con especial afecto al señor General Alfonso Ordóñez Quintana, Jefe de Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Militares, quien hoy recibe la Medalla de 35 Años de Servicio. Usted, General Ordóñez, es la prueba de que cuando un hombre entrega su vida a una

vocación digna, se hace grande él y hace grandes a los que lo rodean.

De la misma manera, no puedo dejar de mencionar la excelente labor del General Héctor Fabio Velazco. Gracias a su liderazgo, a su decidido apoyo a las instituciones y a su habilidad como estratega, nuestras Fuerzas Armadas obtienen cada día mayores éxitos y mayor reconocimiento por parte de todos los colombianos de bien.

Como reza el lema de la Fuerza Aérea: “¡Así se va a las alturas!”.

Estimados amigos:

Desde cuando el aviador Konx Martins llegó a la capital del país en 1919, mostrándole por primera vez a los bogotanos de sombrero y de ruana cómo era un avión, se pudo vislumbrar un grandioso futuro para este medio de transporte. Un futuro en el cual la aviación llevaría el progreso a los más lejanos puntos, un futuro en el cual podría ayudarse rápidamente a los asolados por las catástrofes, un futuro en el cual ni el cielo podría usarse para delinquir y en el cual,

también, los defensores de la ley, como arcángeles de espada en mano, no dejarían escapar a los malhechores de la tierra. Ese futuro es nuestro hoy.

Quienes, en la década de los veinte y aún de los treinta, proponían regresar a la locomotora para evitar los riesgos de volar, no sabían de qué estaban intentando privar al país. Ellos hubieran privado a la nación de colombianos como ustedes, ansiosos de construir patria, de servirle a sus compatriotas, de defenderlos de la destrucción, de ver crecer a sus nietos en la tierra de sus abuelos. La historia, a veces, toma las mejores elecciones.

No me queda, entonces, sino invitar a los nuevos y las nuevas oficiales de la Fuerza Aérea Colombiana, y, dentro de ellos, muy especialmente a los destacados subtenientes Italo Arrázola –hoy portador orgulloso de la medalla Francisco José de Caldas- y Yadira Cárdenas –digna representante de sus compañeras, pioneras de la nueva generación de colombianas en la Fuerza Aérea-, a que sigan cumpliendo sus sueños con fervor porque ellos son los llamados a crear una nueva Colombia. La Fuerza Aérea, con su dedicación y

su vocación de servicio, seguirá siendo un motivo de orgullo y un baluarte de nuestra democracia.

El mayor de los éxitos para todos ustedes y reciban mis más sinceras felicitaciones.

Muchas gracias